

DE LA CONDUCTA Y TRAYECTORIA DEL ALMIRANTE CERVERA EN LA GUERRA NAVAL DEL 98

José CERVERA PERY

Director de la Revista de Historia Naval

Composición de lugar

Estamos a dos años de la llegada de 1998 y la proximidad del centenario del que fue llamado «año del desastre» comienza a advertirse para los madrugadores de acontecimientos. Se afilan las plumas y se preparan las cargas de profundidad. Los estrategas de café —a los que tanto temía don Victor Concas— comienzan a tomar posiciones para sus ataques conmemorativos. La conducta y trayectoria del almirante Cervera durante la guerra naval hispano-norteamericana, cuyas trágicas consecuencias había anticipado, parecen concertar las primeras andanadas, y ha surgido, pionero, un artículo feroz, demoledor, malintencionado y, sobre todo, injusto (1).

No voy a entrar en polémica con su autor, a pesar de que sus argumentos son fácilmente rebatibles desde cualquier punto de vista, técnico, humano e incluso político. Estoy seguro que plumas autorizadas lo harán con la solvencia y rigor histórico del caso. Me propongo simplemente esbozar una serie de reflexiones que avalan la conducta del almirante, incluso desde posiciones contradictorias (las maniobras estratégicas pueden ser siempre discutidas, pero no otra serie de valores), salvando siempre, incluso desde opiniones no compartidas, su concepto del cumplimiento del deber, su valor personal, su disciplinada subordinación y, sobre todo, su hombría de bien, puestas en entredicho tan frívola como injustificadamente en el trabajo aludido, y mal que le pese al autor del mismo.

Los 98 de Europa

En el apogeo de la política imperialista de fin de siglo, hubo en Europa varios 98 que marcarían un giro en las relaciones internacionales. En ese año se espera un conflicto armado franco-inglés por la cuestión de Faschoda, pero París no se atreve a enfrentarse con una guerra naval. La rivalidad anglo-rusa prosigue cada vez en aumento en Asia, donde Londres se alía con el Japón. Pero será en América Central donde Francia e Inglaterra, además de España,

(1) *Cómo y por qué fue destruida la escuadra de Cervera*, Mariano González Arnao, Historia 16, septiembre de 1995.

topen con los Estados Unidos, que aplican ofensivamente la doctrina de Monroe. En el marco de la acción política predomina la fuerza sobre el derecho, con una evidente desigualdad entre las naciones poderosas respecto de las débiles, en una impaciente carrera por el poderío mundial. Pero en esta nueva etapa colonialista las naciones se encontraron con que los territorios susceptibles de ser dominados ya estaban repartidos. Sin embargo, las fuerzas impulsoras de aventuras exteriores estaban vivas e iniciaron como solución un proceso de redistribución, teniendo como objetivos las antiguas posesiones de potencias de pasado esplendor, y cuya oposición a las pretensiones de los fuertes era poco menos que testimonial.

De esta manera se originan los 98; es decir, choques entre una nación fuerte y rica y otra frágil y sin recursos, en los que la primera ambicionaba un territorio colonial de la segunda y mediante un ultimátum obligaba a ésta a elegir entre el uso de la fuerza o ceder a las pretensiones exigidas. Generalmente los países menos poderosos, reconociendo su inferioridad material y la falta de medios con que oponerse al contrario, renunciaron a sus derechos para eludir la guerra, pero España no quiso hacerlo y pagó caras las consecuencias. Seguíamos siendo una nación eminentemente agrícola, en la que sólo destacaban núcleos aislados relativamente industrializados. Poseíamos escasos recursos y nuestro papel en el concierto mundial era el de una potencia de segundo orden, débil y aislada de Europa. No obstante, se mantenían los restos de un gran imperio colonial, herencia de su pasado esplendor, y sobre una de sus partes —Cuba— centraban los Estados Unidos sus ambiciones, con la ventaja adquirida de que la Isla vivía una situación crítica e inestable, con una insurrección desatada contra la metrópoli en defensa de su independencia. Estas circunstancias serían hábilmente aprovechadas por los norteamericanos para conseguir sus propósitos de dominación, pues, como bien ha escrito Tuñón de Lara, «La guerra aun antes de empezar estaba perdida para la monarquía española y ganada virtualmente para los cubanos. En Washington se estimó que había llegado el momento de ganarla para los Estados Unidos».

El Gobierno español, muy presionado por la opinión pública, consideró que no se podía negociar con la Isla (los norteamericanos habían querido comprarla), ni renunciar a ella. Era una parte indivisible de la nación y no se debían tolerar imposiciones en detrimento de su soberanía. No cedería Cuba de forma pacífica y no había otro remedio que aceptar la lucha, aun cuando las posibilidades españolas fueran ínfimas.

Una guerra equívoca

El enfrentamiento bélico con los Estados Unidos por la cuestión cubana interesó enormemente a la opinión pública española, muy sensibilizada ante las intervenciones yanquis en lo que se consideraba como territorio español. También los políticos (al menos en buena parte) adoptaron una actitud totalmente irrealista, de irresponsables triunfalismos, elaborando planes imposibles, barajando cifras absurdas, contando con barcos y fuerzas inexistentes. De cara a la galería afirmaron su seguridad en la victoria española, defendiendo la

justicia de su causa, exaltando el honor, el valor y el prestigio español y, sobre todo, subestimando el poder del enemigo de una forma tan ridícula como indocumentada. Los marinos, sin embargo, reconocían con realismo el deficiente estado material del Cuerpo. En pleno auge del imperialismo y de la política de fuerza, una nación como España, con tantos kilómetros de costas y muchos archipiélagos dispersos, hubiese necesitado una armada poderosa para defender su territorio y para reforzar su comercio y comunicaciones. Sin embargo, la Marina estaba desatendida desde el poder y casi olvidada en los presupuestos, y la guerra vendría a probar de un modo tangible que en lo concerniente a organización naval, el abandono que propicia un largo tiempo de paz sólo puede ser compensado por el afanoso y paciente trabajo mantenido con asiduidad y constancia, sin que puedan pedirse milagros, por muchos que sean los esfuerzos que se emprendan, en la víspera de una declaración de guerra, y de hecho, cuando los Estados Unidos se la declaró a España, la Marina distaba mucho de ser una fuerza operativa disuasoria.

Los errores estratégicos en el planteamiento de una guerra naval se pagan a un alto precio. Los documentos de Cervera (valiosa fuente de información y de clarificaciones) dejan constancia de cómo el almirante los había intuido, aunque tristemente no estuviera para remediarlos, sino para cumplir con disciplina y lealtad una misión imposible. En opinión de un técnico, el almirante brasileño Custodio José de Melo, que dedicó un importante estudio al desastre naval del 98, una de las causas de la derrota española fue la del fraccionamiento de su escuadra, llevando a las Antillas, donde operaba el grueso de la flota enemiga, la parte más débil, dejando en los puertos españoles a la más poderosa (acorazados *Pelayo* y *Carlos V*), estrategia que habría de resultar fatal, ya que la escuadra que arrumbó a las Antillas tenía forzosamente que entrar en alguno de los puertos de Cuba y Puerto Rico y quedar en cualquiera de éstos inactiva, bloqueada por la poderosa escuadra norteamericana, o forzar el bloqueo y ser irremisiblemente batida, como en efecto lo fue, habida cuenta la disparidad de fuerzas. En ese aspecto también se pronuncia Clarke, uno de los más notables colaboradores de la revista inglesa especializada más importante de la época: *The Naval Annual*.

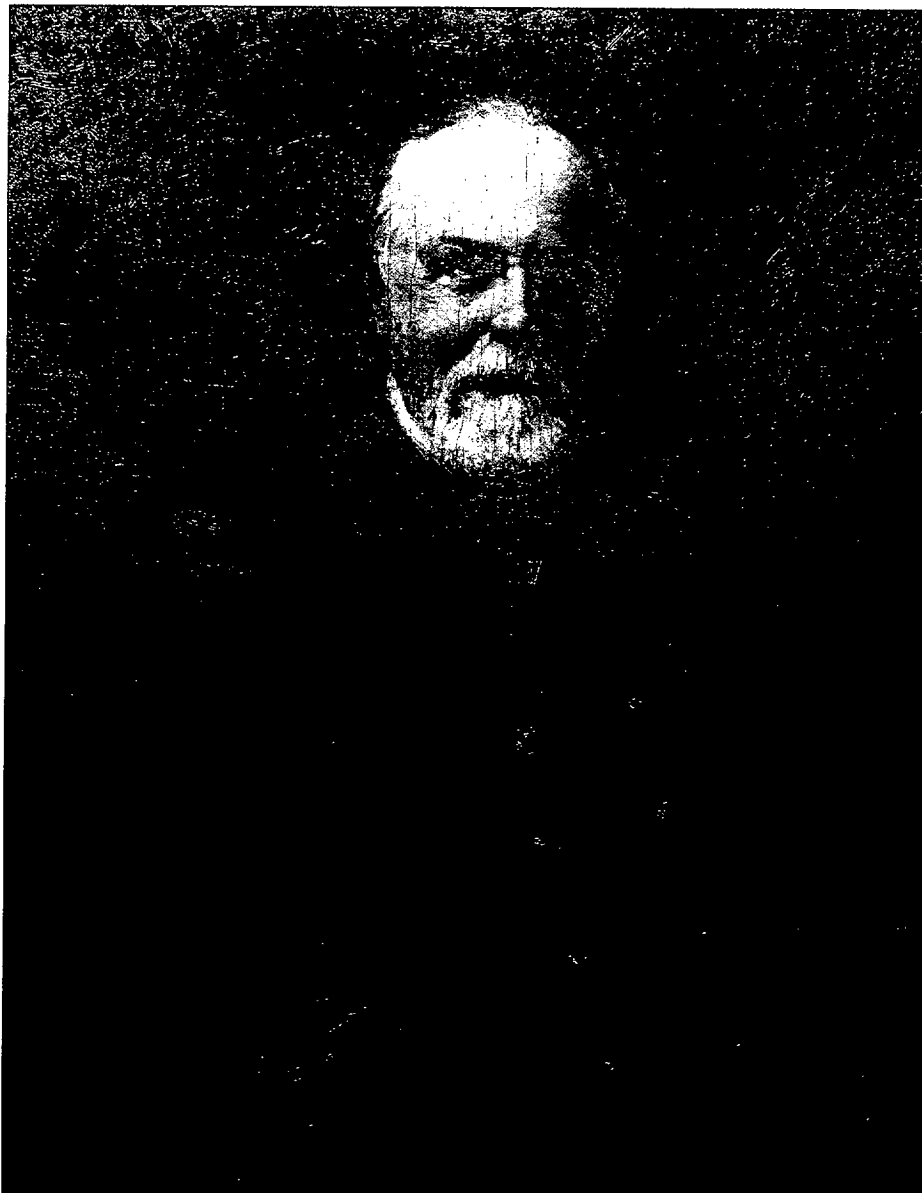
La historia ofrece siempre el ejemplo de sus enseñanzas. Para no pocos españoles era lícito prever la victoria de sus fuerzas navales porque las norteamericanas, aunque dotadas de abundantes medios operativos para conducir con éxito una campaña naval, eran fuerzas sin cohesión de razas, cosmopolitas y sin la suficiente preparación para sobrepasar el valor indómito español. Vana ilusión, hija de la frivolidad o la ignorancia. El capitán de navío de la Marina norteamericana A. T. Mahan, reputado en aquella época como el más importante publicista naval del mundo, al referirse a la salida a la mar del almirante Cervera y «sus cuatro valientes naves», no vacila en escribir estas hermosas frases: «Sentenciado irremisiblemente por la locura o el falso orgullo nacional, que se manifestaba en forma de presión política, sorda a todo juicio profesional y experiencia militar, así, de esta suerte se hizo a la mar el almirante». No necesitan mayor explicación estas palabras, que definen mejor que muchos textos la dura realidad a la que se enfrentó la guerra naval del 98.

Pero hay otras opiniones, quizá de menor peso, que avalan la desastrosa conducción política del conflicto. La intervención de los Estados Unidos en los conflictos nacionales de Cuba y Filipinas —ha escrito Pierre Vilar— reveló a España su auténtica endeblez. Eduardo Aunós será aún más duro y terminante en sus apreciaciones: «la incapacidad absoluta de la política española —escribe en su *Itinerario histórico de la España contemporánea*— desde el principio del siglo XIX no había acertado ni en sueños a dotar a los últimos dominios ultramarinos, las islas de Cuba y Puerto Rico en América y el archipiélago de Filipinas en Asia, de un régimen apropiado a sus intereses y su lealtad...»; ¿qué puede extrañar entonces que en el torpe manejo de la improvisación y el desconcierto, se busque la cabeza de turco apropiada (y en este caso fue la Marina) para cargar como propios los errores ajenos? «Siempre se ha dicho ¡ay de los vencidos! —exclamará dolorosamente el capitán de navío Concas en la defensa que hizo del almirante Montojo, en el consejo de guerra al que fue sometido tras la pérdida de su escuadra (?) en Filipinas—; pero ahora hay que agregar ¡ay de aquellos a quienes se envían para ser vencidos! pues por muchos que mueran en la contienda siempre parecerán pocos para cubrir las faltas ajenas y la traición a la patria: porque es traición llevar al país a la ruina y a la pérdida de diez millones de habitantes, invocando romanticismo y leyendas que los hombres políticos tienen el deber de saber que no son verdad, que no han sido nunca verdades de guerra, y que las naciones que han apelado a este triste recurso han acabado por desaparecer del mapa».

Frente a la inconsciencia política, y la conciencia de las limitaciones técnicas, la mayor parte de los hombres de la Armada defendieron que la contienda debía eludirse al precio que fuera, pues la flota no estaba en condiciones de sostener la lucha y con toda seguridad serían vencidos. Ello no sólo supondría la pérdida de Cuba, sino que también dejaría en peligro todos los territorios de la nación e incluso la misma Península, que podría quedar a merced del enemigo. Además, la guerra traería grandes dificultades políticas, económicas e internacionales para el país, que habría de quedar prácticamente en ruinas. Esta postura, que puede ser calificada de catastrofista por los ignorantes pero que respondía a las premisas del más elemental sentido común, fue sostenida por muchos e importantes miembros de la Armada, y uno de sus representantes más significativos sería precisamente el almirante Cervera, por el papel tan predominante como ingrato que le tocaría vivir en el conflicto.

Cervera y su circunstancia

El 20 de octubre de 1897 se otorga el mando de la llamada escuadra de instrucción, vacante al ser nombrado don Segismundo Bermejo ministro de Marina del Gobierno Sagasta, al contralmirante don Pascual Cervera Topete, cuyos brillantes servicios en la Armada lo convertían en el más idóneo para el cargo. Cervera disfrutaba de un merecido prestigio entre sus compañeros y en su hoja de servicios figuraban hechos muy notables. Iniciada en 1861, cuando a los veintidós años es ascendido a teniente de navío por méritos de guerra como consecuencia de su comportamiento en el ataque a la cota de Pagalugan



El almirante Cervera, comandante general de la escuadra de operaciones de las Antillas,
en 1898

(Mindanao) a las órdenes de Méndez Núñez. Desempeña con gran eficacia varios mandos en Cuba. Se destaca en la defensa del Arsenal de La Carraca, y en Cartagena a las órdenes del almirante Lobo, durante los Cantonales, lo que le vale que las Cortes lo declaren benemérito de la Patria en agosto de 1873. Vuelve a Filipinas un año más tarde, toma parte en la campaña de Joló y es gobernador de dicha isla hasta 1876. Después de varios destinos a bordo y en tierra, en la Península se le designa para presidir la Comisión Inspector de la construcción del acorazado *Pelayo* (1885) y más tarde (1892) director técnico administrativo de los Astilleros del Nervión, donde han de construirse los tres *Infanta María Teresa*. En el Gobierno de «notables» de Sagasta en 1892 ocupa la Cartera de Marina, cargo que acepta por indicación de la Reina Cristina, de la que había sido ayudante, pero con la condición de que no reduzcan el presupuesto y le autoricen a organizar los arsenales para mantenerlos a plena eficacia. Como no puede conseguir lo que pretende, presenta a los tres meses su dimisión y es enviado a la Comisión de Marina en Londres, pasando al ascender a contralmirante al Arsenal de Cartagena, donde pone todo su empeño en adelantar la construcción del *Princesa de Asturias*, que está aún sin terminar, y en esta circunstancia se produce el nombramiento para comandante general de la Escuadra.

De su carácter personal se ha escrito que fue un hombre tremendamente realista, sensato, prudente y responsable. Serio, justo y veraz. Crítico, desconfiado y obstinado. Honrado, humano y comprensivo. Muy independiente y plenamente dedicado a su profesión. Con un alto espíritu de servicio, entiende que cumplir con su deber es trabajar al máximo en todos sus destinos, exponer a sus superiores con toda honradez y claridad sus opiniones y, le hagan o no caso, cumplir después las órdenes recibidas con toda exactitud hasta sus últimas consecuencias. Éste sería el marino que dirigiría la flota que luchó en Cuba contra los norteamericanos. Sin embargo, sus ideas eran totalmente contrarias a esta acción, y no por cobardía precisamente, sino en aras de un patriótico realismo, conocedor del estado material de la flota, cuyos problemas más urgentes no habían sido atendidos, ni se habían afrontado ningún tipo de planes o preparativos para encarar la guerra. En estas condiciones, defendió con firmeza que el conflicto debió evitarse y que era necesario el mantenimiento de la paz. Sin embargo, consideró que su deber como marino le obligaba a sacrificarse por la nación y a obedecer las órdenes recibidas, aun sabiendo que iba hacia la inmolación de sus barcos y a un desastre para la nación.

Cuando Cervera toma el mando de la Escuadra, ésta está constituida por los cruceros *Vizcaya*, *Oquendo*, *María Teresa* y *Colón* y su situación en cuanto a eficacia y operatividad dejaba mucho que desear. Al *Colón* le faltaban aún sus dos cañones Armstrong de 254 m/m, por un viejo pleito con la casa constructora que llevaba años sin resolverse. Los cañones gruesos de los otros cruceros no habían disparado más que los tiros de pruebas. La artillería de 140 m/m de estos tres buques tenía un serio defecto en los casquillos de los proyectiles, pues eran demasiado gruesos en su culote, lo que hacía que cerrasen mal con el consiguiente riesgo de accidentes y de inutilización de las piezas de hacer fuego. En cuanto a las posibilidades de refuerzo de esta Escuadra, el *Pelayo*

estaba modernizándose en Tolón, y el *Carlos V*, la *Numancia*, la *Victoria* y el *Alfonso XIII* sometidos a un proceso de grandes y lentas reparaciones, con lo que prácticamente era imposible contar con ellos.

Con los buques en estas condiciones y con un peligro de guerra inmediato, el almirante Cervera se apresura a pedir al ministro, que debía conocer la situación pues acababa de dejar el mando, la autorización para trasladarse a Santa Pola a fin de realizar intensos ejercicios tácticos y de tiro, lo cual se le consiente, pero con la recomendación de que «no gaste mucho ni en carbón ni en disparos». La Escuadra llega a Santa Pola a fines de noviembre, pero el *Oquendo* tiene una avería en los condensadores y ha de entrar en reparación. En enero es enviado con el *Vizcaya* a Norteamérica en devolución de la visita del *Maine* a La Habana, y como al *Colón* se le separa de la Escuadra por la cuestión de sus cañones, ésta queda en cuadro.

Sin entrar a fondo (el espacio consignado para este trabajo no lo permitiría) en el complicado engranaje que va desde la toma de mando de Cervera de la Escuadra de Operaciones hasta su inmólación en Santiago de Cuba, hay que destacar que el 12 de febrero se dirigía el almirante al ministro en los siguientes términos: «Como no ceso de pensar en la posible guerra con los Estados Unidos, creo que sería muy conveniente que se me dieran los informes posibles de lo siguiente:

- 1.º Cómo estan distribuidos los buques de los Estados Unidos y movimientos que hagan.
- 2.º Dónde tienen sus puertos de aprovisionamiento.
- 3.º Cartas, planos y derroteros de lo que pueda ser teatro de operaciones.
- 4.º Qué objetivos han de tener las operaciones de esta Escuadra ya sea la defensa de la Península y Baleares, ya la de Canarias o la de Cuba, o por fin, en el caso improbable de que fuesen las costas de Estados Unidos, cosa que no podría ser, al menos de tener algún aliado poderoso.
- 5.º Planes que el Gobierno tenga en cada caso para la campaña, puntos donde la Escuadra pueda encontrar recursos y cuáles sean, porque es extraño que aquí, por ejemplo, (se refería a Cádiz) no haya encontrado beta de cuatro pulgadas, ni tubos de nivel para las calderas, ni otras cosas tan sencillas como éstas. También creo conveniente saber para cuándo se cuenta con el *Pelayo*, *Carlos V*, *Victoria* y *Numancia* y si éstos han de incorporarse a la Escuadra o formar cuerpo independiente de ella y cuál sea la combinación suya con nosotros. Con el conocimiento de estas cosas podría yo ir estudiando lo que convenga hacer, y llegando el día crítico, se emprendería sin vacilación la conducta que nos convenga seguir, tanto más necesario para nosotros, cuanto que su Marina es cuatro veces más fuerte que la nuestra y cuentan con la alianza de la insurrección de Cuba.»

Las peticiones de Cervera fueron contestadas por el ministro Bermejo con razonamientos poco menos que utópicos, pues hasta preveía un bloqueo a las costas de los Estados Unidos, cuando la Marina norteamericana contaba en aquellos momentos con cinco acorazados, seis monitores, tres cruceros acorazados, quince cruceros protegidos, dieciséis cañoneros y veinticuatro torpederos. Con tales efectivos, frente a los menguados dispositivos españoles ¿cómo es posible

que el ministro de Marina pudiese pensar en serio en la posibilidad de bloquear a los Estados Unidos y de disputarles en sus aguas el domino del mar?

En estas circunstancias tiene lugar la voladura del *Maine* y se ordena a Cervera que salga con el *María Teresa* y el *Colón*, sin cañones todavía, para Cabo Verde, donde se les unirán el *Vizcaya* y el *Oquendo*, que regresan de su visita a los Estados Unidos, y la flotilla de torpederos de Villaamil. Cervera pide ir a Madrid para recibir *in situ* las instrucciones precisas, pero el ministro rehúye el diálogo, que indudablemente no encuentra fácil, y reitera la orden, agregando que las instrucciones se le enviarán más tarde, y comienza entonces la gran aventura de salir a la mar (8 de abril), llegar a Cabo Verde el 14, a la Martinica el 10 de mayo, a Curaçao el 14 y el 19 a Santiago de Cuba, después de burlar la vigilancia norteamericana; con una logística imposible, carbón malo y escaso, dificultades de abastecimiento, y órdenes y contraórdenes complicadas o confusas. Cuando Cervera navegaba desde la Martinica a Curaçao, el ministro Bermejo le envió un cable que pudo haber variado sustancialmente el giro de los acontecimientos: «Desde su salida han variado las circunstancias. Se amplían las instrucciones para que si no cree que esa Escuadra opere ahí con éxito puede regresar a la Península, reservando su derrota y punto de recalada con preferencia Cádiz. Acuse recibo y exprese su determinación». Cervera no conoció este telegrama hasta después de terminada la guerra. Fiel a las órdenes anteriormente recibidas se metió en Santiago sin que el enemigo hubiese tenido noticias de sus movimientos durante casi veinte días.

Inexorable sentencia

Durante el mes largo que la Escuadra permaneció en Santiago se intentaron remediar los problemas de los barcos, que sufrieron varios bombardeos; los americanos trataron de cerrar infructuosamente la entrada del puerto. Cervera y sus comandantes se plantearon la posibilidad de forzar el bloqueo. Consideraron incluso la salida de noche o por separado, pero siempre concluyeron que era imposible partir con alguna posibilidad de éxito dado el potencial de la flota norteamericana. Marchar equivalía a ser destruidos, por lo tanto lo más prudente era continuar esperando alguna circunstancia más favorable y mientras resistir dentro del puerto, contribuyendo con hombres y armas a la defensa de la plaza en colaboración con el Ejército. Pero a fines de junio, Santiago se encontró en una situación desesperada, ya que tras el desembarco norteamericano en la Isla, la población estaba sitiada por tierra y por mar, aislada del resto de Cuba y sin recursos. En estas condiciones, Cervera, respaldado por sus oficiales, decidió que la Escuadra tenía sólo dos posibilidades: salir al combate contra los buques americanos o permanecer en el puerto, colaborando en tierra a la resistencia de Santiago, y si esta ciudad llegaba a capitular, destruir los barcos voluntariamente antes de que cayeran en manos enemigas. ¿Cobardía o desánimo? En ambos casos la flota española estaba perdida, pero al menos con la segunda opción se salvarían más hombres y su inmolación sería más útil.

No lo entendió así el Gobierno, que le ordenó salir en la mejor ocasión que encontrara y a hallarla de inmediato le acuciaba el general Blanco, gobernador general de Cuba, del que Cervera había pasado a depender en virtud de un decreto de concentración de poderes en aquél. Blanco era partidario de que la Escuadra abandonara Santiago, pues pensaba que en el puerto creaba más complicaciones que ventajas, y que al menos intentando forzar el bloqueo habría alguna posibilidad de escapar. El almirante creía por su parte que permaneciendo en Santiago ayudarían a la defensa de la ciudad, tendrían inmovilizada la Escuadra enemiga y salvarían sus hombres. Pensaba honradamente que sacrificar a la vanidad de un combate inútil a las tripulaciones, dejando a Santiago sin refuerzos, en nada beneficiaría a la patria.

Pero el 1 de julio, cuando la caída de la plaza era inminente, tras la batalla de las Lomas de San Juan y de El Caney, Cervera recibió la orden terminante de partir de Santiago hacia el puerto que considerara más conveniente. No tuvo otra alternativa que la de la obediencia disciplinada, y cuando poco antes de entrar en combate en la mañana del 3, su jefe de Estado Mayor y comandante del *María Teresa*, don Victor Concas, dijo aquella trágica frase de ¡Pobre España! «mi querido y noble almirante —escribe Concas— me contestó significativamente con la cabeza, como diciendo que había hecho lo posible para evitarlo, y que marchaba al sacrificio, al duro cumplimiento del deber, tranquilo el ánimo y limpia su conciencia».

No vamos a entrar en detalles del combate, sobradamente conocidos por otra parte y objetiva y sobriamente relatado por Concas y el norteamericano Ensor Chadwick, amén de los partes suscritos por los comandantes y oficiales más caracterizados de los buques. La Escuadra salió a las 9,35 de la mañana, y cuatro horas más tarde todos los barcos habían sido incendiados por las fuerzas americanas, hundidos, o embarrancados por sus comandantes. Los españoles tuvieron 323 muertos y 151 heridos. Los norteamericanos un muerto y dos heridos. Los prisioneros españoles ascendieron a 93 oficiales y 1.720 marineros. Ante tan estremecedor balance, cabe pensar si no se le hubiera debido prestar mayor atención a las consideraciones de Cervera sobre el triste fin que esperaba a los buques españoles, intentando por todos los medios evitar el conflicto.

La sentencia fue inexorable. Raymond Carr ha escrito que en el Atlántico el almirante Cervera sabía que su escuadra sería derrotada si se le ordenaba ir a las Antillas. Su advertencia fue rechazada por el Gobierno con un comité de almirantes, incapaces de afrontar una confesión de impotencia y una paz inmediata. Los jefes de Cervera afirmaron más tarde «por su honor y su conciencia su convencimiento de que el Gobierno de Madrid estaba decidido a que la flota fuese destruida lo antes posible, para hallar un medio de llegar rápidamente a la paz». Muchos años antes, Concas había escrito que lo ocurrido el 3 de julio fue «una buscada ocasión para los políticos, que ante el temor de una asonada, no dudaron en sacrificar la patria entera bajo la originalísima teoría de que el desastre, imponiendo la ley de la necesidad, obligaría al pueblo a la resignación». Y otra vez Carr: «En las Antillas, Cervera, sin carbón para operar, se encerró en la bahía de Santiago sólo para que se le ordenara salir de ella e ir a una destrucción segura a manos de la flota americana que bloqueaba la isla».

«Nada más dramático que la actitud de Cervera —escribe Nadal Ferreras— acudiendo a un sacrificio de cuya inutilidad era consciente. Todos sus esfuerzos para convencer de ello al ministro resultaron inútiles y Cervera cumplió fielmente las órdenes recibidas.» «El desenlace final el 3 de Julio —señala Feliciano Montero— no pudo ser otro que el pronosticado por Cervera, y conocido previamente por los políticos de Madrid. Pero la situación interna, la presión de la opinión pública, el miedo a un pronunciamiento militar en definitiva, la salvaguarda del sistema político y el propio régimen, aconsejaban sacrificar la escuadra y el prestigio de los militares». Y el maestro de historiadores, Fernández Almagro, no duda en suscribir las siguientes frases: «Haría falta ser un Shakespeare para discurrir una situación más dramática que aquella en que se encontraba el almirante Cervera».

¿Cobardía? ¿Ineptitud? Veamos ahora algunas de las opiniones del campo norteamericano. El almirante Cervera abandonó el *María Teresa* cuando ardía por todas partes. Llegó difícilmente hasta la playa a nado y allí fue recogido por una chalupa del yate armado *Gloucester*. Cuenta el comandante del mismo: «Al ver al anciano caballero me sentí culpable... Su táctica puede discutirse: nunca su valor». Y el teniente de navío Harry P. Bruce, oficial del mismo buque, escribe: «Cuando el almirante Cervera llegó a bordo después de haberse rendido en tierra al teniente Norman, estaba vestido con una gorra de marino blanca, una camiseta, una chaqueta mojada y un par de pantalones con tantos girones, que un mendigo los hubiese rechazado». El comandante Winwrigth, que le esperaba en el portalón, lo felicitó por su heroico comportamiento. Sin esperar a vestirse, Cervera visitó a los prisioneros españoles. A su paso, descalzo y en harapos, pero con un aire innegable de dignidad, le saludaron los marineros y presentaron armas los centinelas.

Luego fue trasladado al *Iowa*. Al subir a bordo «la guardia presentó armas; los oficiales se descubrieron, las cornetas hicieron sonar sus voces, y cuando el eminente oficial que en una hora había perdido más que ningún hombre en los tiempos modernos apareció en la entrada, la tripulación del *Iowa* rompió en aplausos y el contralmirante Evans lo recibió en el portalón del buque con estas frases: “Caballero: sois un héroe. Habéis realizado la hazaña más sublime de todas cuantas guarda la historia de la Marina.”» ¿Es este el recibimiento para un cobarde? ¿Es la acogida de un inepto o de un irresponsable? Dejo al lector la respuesta.

Los documentos de don Pascual

Las reacciones tras la derrota no se hicieron esperar. Los estrategas de café (como ahora) clamaron contra las tácticas empleadas, contra las maniobras desplegadas y naturalmente contra la actitud del almirante, cabeza de turco también de iracundos parlamentarios, que no se habían movido de sus cómodos sillones del Senado o el Congreso durante la contienda. Pero el 30 de agosto de 1899, Pascual Cervera y Topete, satisfecho su honor tras la absolución recibida en el consejo de guerra al que fue sometido al regreso de su prisión en Annapolis, serenado su espíritu de tantos sinsabores e ingratitudes, sin ren-

GUERRA HISPANO-AMERICANA

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS

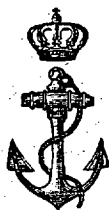
REFERENTES A LA

Escuadra de Operaciones

DE LAS ANTILLAS

ordenados por el Contraalmirante

PASCUAL CERVERA Y TOPETE



EL FERROL

IMPRESA DE «EL CORREO GALLEGO»

Sinforiano López, 439 y 441

1898.



cores, pero con la firmeza de ánimo que inviste la defensa de una causa justa, publica su colección de documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas. En ellos se trasciben en exposición ordenada, concreta y sin comentarios, en estricto orden cronológico, las comisiones ordenadas, las instrucciones recibidas, las respuestas enviadas y la correspondencia con sus allegados y amigos, en la que valoraba y sopesaba lo que de antemano entendía como las consecuencias de un desastre irremediable. La evidente oportunidad y previsor sentido del almirante de conservar tan valiosos papeles, se vio recompensada por la justicia de su acogida. Los documentos, al perder su carácter secreto, causaron un profundo impacto en la opinión pública, quizá dividida aún por el desconocimiento de los hechos, pero que al conocer el libro se pronunció en un auténtico clamor de fervor popular a favor de su redactor, quien comenzó a recibir en aluvión nuevas y sinceras muestras de admiración y de respeto desde todas las partes del mundo.

Los documentos del almirante Cervera pusieron las cosas en su sitio; cruzaron las fronteras y tanto en Europa como en América, donde tan de cerca se habían seguido los pormenores de la contienda, se hicieron reiteradas ediciones y recibieron amplios y elogiosos comentarios. En Estados Unidos, donde ya el almirante gozaba de un amplio campo de admiración, fueron editados a expensas del Gobierno, que los divulgó rápidamente por todos los centros de estudio militares y navales de la nación. Tan profunda impresión causó la lectura y el auténtico conocimiento de los hechos, que en elegante desagravio el Departamento de Marina tuvo el detalle de enviar a Cervera un ejemplar lujosamente encuadernado. Fue en el sentir de un ilustre diplomático americano, la mejor embajada que pudo sellar las primicias de una nueva paz, pues si Norteamérica, antes de conocer los documentos del almirante, lo tenía ya calificado como un héroe, después de la lectura de los mismos y de medir en ella la generosidad de su subordinación y aceptación del sacrificio, llegó a profesarle una casi mitológica veneración. También en España la fuerza de la razón se impuso sobre las sinrazones de la injusticia, y desde todos los sectores de opinión las muestras y los testimonios de adhesión fueron incontables. El pueblo español, engañado un día, devolvía su confianza y su respeto, no al vencido circunstancial de un triste combate, sino al hombre que supo hacer del cumplimiento del deber un código de conducta; pese a los «expertos» que desde la perspectiva del centenario, pero desde los parámetros de un rencor histórico, se empeñan en contar las cosas como no fueron.